

millares de colores en un eterno crepúsculo de ilusión y esperanza. Entonces soñábamos, señor. Cierta que hogaño lo tenemos todo; pero..... hay más rosa en los ensueños que en las realizaciones. Aquél sí que era tiempo heroico, tiempo de Orlandos y de Pares, como para asunto de un *Poema de la Rosa*. Y hoy nos cruzamos de brazos. Ya estamos satisfechos. Entramos en el templo, adoramos á nuestro dios predilecto y.....siempre la monotonía. A la cima no se debiera llegar nunca. Subir y subir siempre! Verla de lejos, para que nos aguije el ansia de arribar; pero jamás tocarla. La grandeza se achica con la inercia. Veréis. Ya alcanzamos, según los guías, la ansiada cumbre; ya clavamos el faro en lo más alto del Pindo..... Ya no se sube más! Pues bien, señor, se bajará. Y ¡ay del descenso! Nada pára. Anda..... anda..... anda..... Lo mismo que el judío, todo marcha. Nuestros dioses seguirán en la altura por la atracción sideral de

los soles en la esfera, por la pujanza de las alas del águila en las nubes, por la inmortalidad de los dioses en el cielo. Desgraciados los que no somos dioses, porque seguimos andando al ras del suelo! Y, si ya no hay donde subir, descendemos; y la fuerza del escalamiento marca el ímpetu de la caída. La cima ante la cima! Otros vendrán con nuevos bríos, portando distintos estandartes. También esos dejarán á sus dioses en la cumbre, y ellos, los prosélitos, caerán al otro lado de la sacra montaña.....

* * *

Calló el joven pálido. Y, á una señal de la mano, trementes los labios incoloros y con una desconsolada noche en las pupilas, se despidió de nosotros y se alejó con la cabeza inclinada, las manos en los bolsillos, silencioso como una aparición de ultratumba.

(Continuará).

